

LAS LECTURAS BIBLICAS DEL TIEMPO DE NAVIDAD

P. FARNÉS

Hace diez años, en una de las mejores aportaciones que, a nuestro juicio, han aparecido en los últimos tiempos sobre el significado de las lecturas bíblicas en la liturgia, Ph. Béguerie se refería al hecho de que difícilmente puede esperarse que las perícopas de la Escritura logren su debida y plena resonancia en la vida de los fieles hasta que el conjunto de los textos proclamados sea, por lo menos en cierta manera, previamente conocido por los oyentes (1). En efecto, si las lecturas proclamadas son páginas aún desconocidas, resulta casi inevitable que el interés, tanto de los oyentes como de los homiletas, se centre y se limite a ser mera exposición literal del texto. Con ello la homilía tiende a convertirse en lección de exégesis y la reflexión personal al logro de la simple inteligencia material de la perícopa. Consiguientemente queda como relegada y olvidada toda posible resonancia espiritual y contemplativa de la Palabra que es, en el fondo, la finalidad principal de su proclamación litúrgica. Cuando, en cambio, los textos bíblicos resultan ya familiares a la asamblea, entonces el simple anuncio de la Palabra suscita fácilmente ecos personales y penetra en el íntimo del espíritu facilitando una oración intensa y una contemplación sabrosa del misterio.

Vale la pena insistir en esta realidad —sobre todo al empezar el nuevo ciclo litúrgico— porque bajo este aspecto hoy, al cabo de más de tres lustros de uso de los Leccionarios promulgados por Pablo VI, hemos al-

(1) Cfr. Obras completas de San Bernardo, III; Sermones litúrgicos, BAC 469. *Sermones del tiempo de Navidad y Epifanía.*

canzado aquel ideal que proponía el autor antes citado o, por lo menos, estamos muy cerca de lograrlo. En efecto, inaugurado en España el uso de los actuales Leccionarios a finales de 1969, las perícopas litúrgicas que escucharemos este año alcanzan ya, algunas su quinta lectura (las de los domingos), otras la octava (las bienales del leccionario ferial de la misa y del Oficio bienal de lectura), y otras incluso se leerán este año por décimosexta vez (las de las solemnidades, de las ferias de los tiempos fuertes y el conjunto de los evangelios feriales).

El hecho de haber pasado de unas lecturas que hace unos pocos años sonaban a “nuevas” a unos textos que hoy resultan ya conocidos, merece ser subrayado. Y debe invitar a una seria toma de actitudes que puede resultar muy enriquecedora. Es verdad que la repetición de textos ya conocidos puede tener algún riesgo negativo —el principal es el peligro que las lecturas susciten un menor interés sobre todo con referencia a los partidarios a ultranza de incesantes novedades—; pero, sin duda alguna, las ventajas y las posibilidades de esta repetición de textos son, si se saben aprovechar correctamente, mucho mayores. En este artículo quisiéramos, pues, reflexionar un poco sobre estas posibilidades; y dar unas pistas concretas en vistas al uso de las lecturas del ciclo de Navidad.

1. Diversas líneas de fuerza en las lecturas bíblicas del tiempo de Navidad

El primer aspecto que conviene subrayar para que la celebración de la Palabra sobrepase el mero conocimiento histórico-exegético es que en estos días, más si cabe que en otros ciclos, se entrecruzan diversas maneras de leer la Escritura. Descubrir las distintas líneas de fuerza en que se mueven cada uno de los leccionarios es muy importante para lograr una auténtica captación espiritual del mensaje bíblico-litúrgico. Porque en la celebración litúrgica no se trata simplemente de entender la Escritura en su tenor histórico y saber las causas y pormenores por las que fue redactado cada uno de sus textos sino sobre todo de captar su “hoy” para el cristiano. Y este “hoy” aunque arranca y se apoya en el sentido literal de los textos, con todo ni se centra únicamente en él, ni mucho menos se limita al mismo.

Para comprender y vivir el mensaje cristiano, el propuesto por la Escritura santa —sobre todo cuando se trata de los grandes textos bíblico-litúrgicos o de los libros especialmente afectados a determinados tiempos—, es tan importante descubrir el sentido eclesial que han tenido determinadas perícopas a través de los siglos, como lo puede ser el conocimiento de las circunstancias históricas en que fue compuesto el escrito. ¿Quién podría negar, por ejemplo, que Génesis 22 (sacrificio de Isaac), leído en todas las liturgias cristianas en el Triduo pascual, adquiere, por esta situación en el interior del año litúrgico, un sentido mucho más

pleno que el que se desprende de su mera exposición exegético-literal? ¿O quién pondrá en tela de juicio que la lectura de Isaías 60 adquiere un significado mucho más pleno y matizado por el hecho de proclamarse en la solemnidad de la Epifanía?

Para situar, pues, correctamente las lecturas bíblicas del tiempo de Navidad es clarificante distinguir tres grandes grupos de textos cada uno de los cuales debe ser abordado de manera distinta: a) lecturas temáticas; b) antologías de textos; c) lectura continuada de libros con especial relación a los misterios propios de Navidad y Epifanía. Hagamos unas breves anotaciones a cada uno de estos tres géneros de lecturas bíblico-litúrgicas.

2. Lecturas con trasfondo temático

En este primer grupo hemos de situar las lecturas de la mayor parte de solemnidades y fiestas de este ciclo, por ejemplo, las de Navidad, Epifanía, Bautismo de Jesús, San Esteban, etc. (La solemnidad de Santa María, Madre de Dios, es una excepción a este respecto pues en este día la primera lectura tiene relación con el inicio del año civil, la segunda con la Maternidad de María y la tercera —en parte por lo menos— con la octava de Navidad). En estos días el centro de gravedad de la celebración debe partir más del mismo misterio celebrado que de las perícopas bíblicas explicadas en sí mismas; éstas —tomadas a poder ser en su conjunto— deberían limitarse a constituir como un telón de fondo para la contemplación del misterio del día. Sobre esto hay que hacer especial hincapié tanto en relación con la homilía como cuando se trata de la oración personal. El moderno biblismo en efecto, junto a sus innegables méritos, ha exagerado posiblemente un poco centrándolo todo en la exégesis literal y olvidando que los textos bíblicos tienen también con frecuencia —sobre todo en los días más marcados del ciclo— un fuerte contenido litúrgico. En efecto, hay que reconocer que en no pocas ocasiones la única razón de haber elegido un determinado texto bíblico para la celebración se encuentra en que el mencionado texto posee un sentido determinante por razón de la tradición litúrgica. Así, para poner un ejemplo, en el día de la Epifanía, más que meditar sobre el capítulo 60 de Isaías en su sentido literal o sobre el relato de la vocación de los Magos, lo que se impone es una contemplación de la universalidad de la vocación de los pueblos a la fe, iluminado por diversos y significativos textos de Isaías, Pablo y Mateo.

Diferenciar entre homilía —o profundización personal— como explicación de los textos en su tenor simplemente exegético o material y contemplación del misterio del día en todos sus aspectos, es algo a lo que probablemente no se presta la atención debida; quizá este fenómeno es una reacción —explicable pero no justificable— frente a actitudes de

otros tiempos en los que, abandonado el sentido literal de la Biblia, todo se centraba en explicaciones alegóricas. Hay que hacer, pues, un esfuerzo para evitar un proceder siempre idéntico que se limita a ser simple comentario del texto bíblico; esto es correcto cuando se trata de los días de lectura continuada pero no lo es en cambio en las grandes solemnidades de la Iglesia. La misma Constitución conciliar de Liturgia al hablar de la homilía —esto muchas veces parece olvidarse sistemáticamente— se refiere de manera explícita a que ésta puede partir no solo de las lecturas sino también de otros formularios litúrgicos (2) y que, en todo caso, siempre debe tenerse presente el misterio que se celebra. Demasiadas homilías hay aún que se limitan a simple exégesis o explicación del texto bíblico en sí mismo.

Para entender “espiritualmente” las lecturas de las grandes fiestas y tiempos fuertes resulta muy esclarecedor iluminarlas con los otros textos celebrativos: el prefacio del día, cuando es propio, y las oraciones son a veces su mejor comentario. También los himnos de la Liturgia de las horas —los latinos sobre todo— pueden ayudar a una visión más plena del misterio celebrado (hay que reconocer que desgraciadamente la mayor parte de los himnos castellanos de la edición española de la Liturgia de las horas tienen muy poco contenido litúrgico y que algunas veces incluso más que ayudar a la contemplación del misterio casi “distraen” la atención con temas que poco tienen que ver con la liturgia del día; los de la edición de Colombia-México son, a este respecto, bastante mejores.

3. Antología de textos

Una manera de leer la Escritura que podríamos denominar “intermedia” entre lo que representa la lectura continúa o semicontinúa y lo que son las perícopas propias a las que nos hemos referido en el apartado anterior (es decir que ni proponen la lectura íntegra del libro, ni tampoco perícopas totalmente aisladas del resto del libro) son los conjuntos de lecturas con temática unitaria leídos a lo largo de algunos días seguidos. Es lo que aquí llamamos “antologías de textos”. Estos conjuntos conviene leerlos como un todo orgánico si se quiere sacar de ellos un alimento nutritivo para la vida espiritual.

Por lo que se refiere en concreto al tiempo de Navidad, los Leccionarios nos presentan tres conjuntos de este tipo: a) los evangelios de la Infancia; b) el capítulo primero del evangelio de san Juan y c) las perícopas evangélicas “epifánicas” que sirven como de prolongación a la solemnidad de la Epifanía.

Los evangelios de la Infancia en el Leccionario quedan repartidos

(2) Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum concilium*, 52.

entre las lecturas de algunas fiestas y las misas feriales; la casi totalidad de estos textos se leen cada año. El conjunto más amplio de este "Evangelio de la Infancia" lo encontramos en el cap. 2 de san Lucas y se lee íntegramente entre la solemnidad de Navidad (misas de la noche y de la aurora), fiesta de la Maternidad de María (1 de enero) y este año (ciclo dominical C), también en la fiesta de la Sagrada Familia y, en el Leccionario ferial, los días 29 y 30 de enero. Con referencia a estas lecturas hay que hacer dos observaciones, una de carácter general, otra que interesa sólo este año: con carácter general hay que notar que el hecho de que actualmente casi en ningún lugar se celebre la misa de la aurora de Navidad, no impide la proclamación del fragmento asignado a aquella misa porque esta misma perícopa se lee también en la misa festiva del 1 de enero; con referencia a este año, en concreto el hecho de que el día 29 coincida con el Domingo de la Sagrada Familia, aconseja que en el día 30 se lean conjuntamente los fragmentos del 29 y del 30; ambos fragmentos constituyen de hecho una única narración que quedaría incompleta y poco clara si se suprimiera una de sus dos partes.

Los relatos de la infancia en Mateo son mucho más breves y, consiguientemente, tienen una presencia mucho más limitada en el Leccionario de Navidad. El nacimiento de Jesús, reducido en este evangelio a un solo versículo y situado como simple conclusión al anuncio hecho a José, se lee todos los años en la misa vespertina de la Vigilia de Navidad. Además de este breve relato Mateo presenta la narración de la vocación de los Magos; ésta es la escena más destacada del Evangelio de la Infancia de Mateo; este relato se proclama cada año el día de la Epifanía. De las dos narraciones siguientes, la muerte de los inocentes se lee cada año el 28 de diciembre y la huida a Egipto cada tres años (ciclo A), en la fiesta de la Sagrada Familia.

Para comprender el significado teológico de los evangelios de la infancia es sumamente importante sobrepasar la visión de pequeñas historias o escenas de la vida de Jesús y descubrir el sentido teológico que a estas narraciones querían dar sus autores. Para ello nada mejor que leer en estos días alguna introducción a estos evangelios de la infancia; en español tenemos dos obras asequibles y modernas: DANIELOU: *Los evangelios de la infancia*, Herder, Barcelona 1969 y sobre todo: BROWN: *El nacimiento del Mesías*. Ediciones Cristiandad, Madrid 1982.

La segunda antología leída en estos días son las narraciones del capítulo 1 de san Juan. Este capítulo empieza por la narración del Nacimiento del Señor, Nacimiento ambientado por un denso prólogo teológico. El amplio desarrollo teológico sobre la naturaleza de Cristo y su vida en el seno del Padre no puede hacer olvidar que el tema de este capítulo es, con todo, el nacimiento de Cristo: "La Palabra se hizo carne"; por ello esta página cuadra bien a las celebraciones de Navidad. Este prólogo se lee dos veces en el Leccionario festivo de estos días (en la tercera misa de Navidad y en el Domingo 2 después de dicha fiesta) y una en el Leccionario ferial (31 de diciembre). Las dos lecturas festivas no son mera

repetición sino que se ha querido que esta página importante la escucharan todos los fieles cada año en los días de Navidad; ahora bien, como de hecho muchos fieles el día de Navidad sólo participan en la misa de medianoche, por ello se creyó oportuno repetir esta lectura otro día festivo —el domingo después de la octava— para que todos los fieles la escucharan. La lectura de esta perícopa en el Leccionario ferial tiene lugar el 31 de diciembre; después de haber escuchado el evangelio de la infancia de Lucas (29-30 de diciembre); esta narración viene a ser como una reflexión teológico-contemplativa que sirve de conclusión a todo el conjunto. Lo restante del capítulo 1 de Juan se lee en las misas feriales desde el 2 hasta el 5 de enero. Estas páginas podrían llamarse “Libro de la presencia del Señor con sus primeros testimonios”; con esta visión conjunta se descubre fácilmente como el Señor nacido se hace presente en su Iglesia. (Un comentario de gran calidad espiritual y al mismo tiempo sencillo de este capítulo puede verse en BOUYER: *El cuarto Evangelio*, Estela, Barcelona 1967.

4. Lecturas continuadas relativas al misterio de Navidad

El tercer grupo de lecturas lo constituye la lectura continua o semi-continua. Esta manera de leer la Escritura en la liturgia, habitual en el tiempo ordinario, tiene también cabida en los días de Navidad pero con un matiz de cierta apropiación. Si en el tiempo ordinario se leen todos los libros, situados simplemente en orden relativamente cronológico para facilitar la comprensión del mensaje, en el tiempo de Navidad se seleccionan determinados libros. La “Institutio” de la Liturgia de las Horas es bien explícita en este sentido: “En la distribución de lecturas se tienen en cuenta los tiempos sagrados en los que siguiendo una tradición venerable, se han de leer ciertos libros” (n. 143). Aunque esta norma se refiere literalmente a las lecturas del Oficio, la misma se aplica también a la misa.

En concreto durante los días de Navidad este año se leen los siguientes libros (3):

a) *Cantar de los cantares*: desde el 29 de diciembre al 5 de enero. La razón de esta lectura la presenta la misma “Institutio” de la Liturgia de las Horas: el libro entero constituye una invitación a la contemplación de las bodas de Cristo con la humanidad realizadas en su encarnación: “El Cantar de los cantares prefigura la unión de Dios y el hombre en Cristo: Dios Padre celebró las bodas de Dios su Hijo en el instante en que lo unió a la naturaleza humana en el seno de la Virgen” (n. 148).

(3) Nos referimos al leccionario bienal, no al de la Liturgia de las Horas de España; véanse sus referencias en nuestro *Calendario del año litúrgico 1986*.

b) *II Isaías*, en lectura semicontinua escogiendo las páginas más optimistas: se lee desde el 7 al 10 de enero. El reino restaurado por la repatriación después del destierro de Babilonia se convierte en figura profética del reino inaugurado con la venida en carne del Hijo de Dios. Esta visión optimista del triunfo del reino, a pesar de las dificultades de la reconstrucción —que aluden a las dificultades de la Iglesia en el tiempo— queda completada, a manera de colofón, por un sugestivo texto de Baruc que presenta la alegría de la nueva Jerusalén restaurada. Con este tono de optimismo terminan las fiestas de la manifestación del Señor.

c) Por lo que se refiere a la misa solamente se lee un libro en lectura continuada: la primera carta de san Juan. ¿Comprendemos, en verdad, a Jesús, el Salvador que en estos días vemos hecho hombre y conviviendo entre los hombres y, al mismo tiempo Dios verdadero? La carta nos invita a responder a esta cuestión. Y nos lleva a una comunión con el Señor innegablemente más profunda que las simples emociones que pueden engendrar en nosotros la contemplación superficial de la cueva de Belén.

Terminemos estas líneas con dos recomendaciones: las comunidades de vida activa y los seglares que no rezan habitualmente el Oficio de lectura podrían enriquecer su vida espiritual si durante estos días substituyeran la lectura breve de Laudes o de Vísperas con las prolongadas del Oficio de lectura en su ciclo bienal (las citas de estas lecturas aparecen en nuestro "Calendario del año litúrgico" y también en el diurnal catalán; la edición de la Liturgia de las Horas de México-Colombia ofrece los textos íntegros). La segunda recomendación se refiere a la preparación de estas lecturas. Con referencia a las lecturas de Isaías recomendaríamos en castellano SCHÖKEL-SICRE: *Profetas*, Edic. Cristiandad, Madrid 1980; para el Cantar de los cantares quizá TOURNAY-NICOLAY: *El Cantar de los cantares*, Fax, Madrid, 1970 (quizá resulta excesivamente científico e insuficientemente espiritual).